

LA INCREIBLE HISTORIA DE UN MOCHUELO CON SUERTE

La historia que os voy a contar no es inventada, es una historia real aunque no lo parezca. Todo sucedió un domingo de agosto. Habíamos pasado el fin de semana en el pueblo de mi abuela Mari. No vivo allí, pero es mi pueblo favorito. Allí están mis primos y con ellos juego de lo lindo.

Al atardecer nos fuimos a Cabeza del Buey en coche. Durante el viaje, en un **paraje** sin árboles, vimos dos pequeños mochuelos revoloteando al borde de la carretera. Justo en el momento en que pasamos junto a ellos, uno se lanzó contra el coche. ¡Qué horror! Había muerto uno de los dos pajaritos. ¡Qué pena! A mí me encantan los animales. Me puse muy triste. Mis padres me consolaron, diciéndome que había sido un accidente.

Cuando llegamos a casa, cabizbaja me subí casa sin decir nada. Mientras, mi papá se quedó guardando el coche en el garaje marcha atrás. En ese momento, mi mamá vio algo extraño en las rejillas del coche. Para verlo bien, se acercó y, ¡oh, sorpresa! era el mochuelo y estaba vivo. Mi mamá lo arrancó del coche y lo examinó. Parecía herido. Con gran emoción mis padres me llamaban para que bajara a verlo. ¡No lo podía creer! ¡Estaba vivo! ¡Hurra, hurra!

Entonces nos surgió una duda, ¿qué hacemos con él? Era un animal salvaje y no podía vivir en una casa. A mi papá se le ocurrió llevarlo a nuestro campo y allí liberarlo para que pudiera volar libremente. Volvimos a montarnos en el coche, mejor dicho, en el tartano que tenemos para ir al campo. Era de noche. Al llegar al campo soltamos el mochuelo, pero éste no hacía nada, parecía muerto. Para colmo, de la oscuridad apareció un escorpión, que vimos con su cola levantada al atravesar la luz de los faros del coche. Pasó muy cerca de mí. ¡Casi me pica! No era una buena idea soltar al mochuelo en el campo, si no se movía, si no podía **volar**, se moriría o se lo comerían otros animales. Entonces, nos volvimos de nuevo al pueblo con el mochuelo.

Ya en casa, le metimos en una caja. Mi papá buscó en internet y averiguó que comían carne cruda. Le echamos carne. Pero cuando abríamos la caja siempre estaba inmóvil, parecía muerto. Pero, a veces, cuando todo estaba oscuro se oían ruidos dentro de la caja. Destapábamos la caja y de nuevo lo encontramos aplastado contra el suelo de cartón.

Después de mucho ir y venir a la caja, mis padres, un poco enfadados, me obligaron a acostarme. Yo oí a mi papá decirle a mamá que si se moría el pajarito la niña no debería verlo. Eso me puso muy triste.

Por la mañana, recordé que cuando estaba en un colegio de Hornachos fuimos de excursión a un centro de recuperación de aves en Villafranca de los Barros. Corriendo y gritando busqué a mi mamá por toda la casa. Le dije: ¡mamá, llama al centro de recuperación de aves! Ellos podrán salvarlo. Mi mamá, buscó el teléfono y llamó. Le dijeron que al mediodía pasarían a buscarlo. La noticia me alegró, pero también me puso un poco triste. Yo quería quedarme con él, aunque lo mejor era llevarlo allí. Cuando llegó el señor del centro de recuperación de aves, le comentamos el extraño comportamiento del mochuelo: se movía cuando creía que nadie le veía y permanecía quieto cuando lo cogíamos. El señor, muy amable, nos explicó que es como un truco que utilizan; se hacen el muerto para que les dejen en paz. Antes de irse le pedí unos minutos para despedirme del mochuelo. Con cuidado, me lo puso en las manos. Lo achuché contra mi cara, le di unos besitos y lo metí en la caja. El señor nos dijo que se salvaría, que no tenía nada grave y que en poco tiempo lo soltarían en el campo.

Todavía cuando pasamos por el paraje donde comenzó esta historia siento nostalgia de aquel mochuelo con suerte.

“Milagros”
Fabiola Moreno Arroba.
Categoría A. Cuento